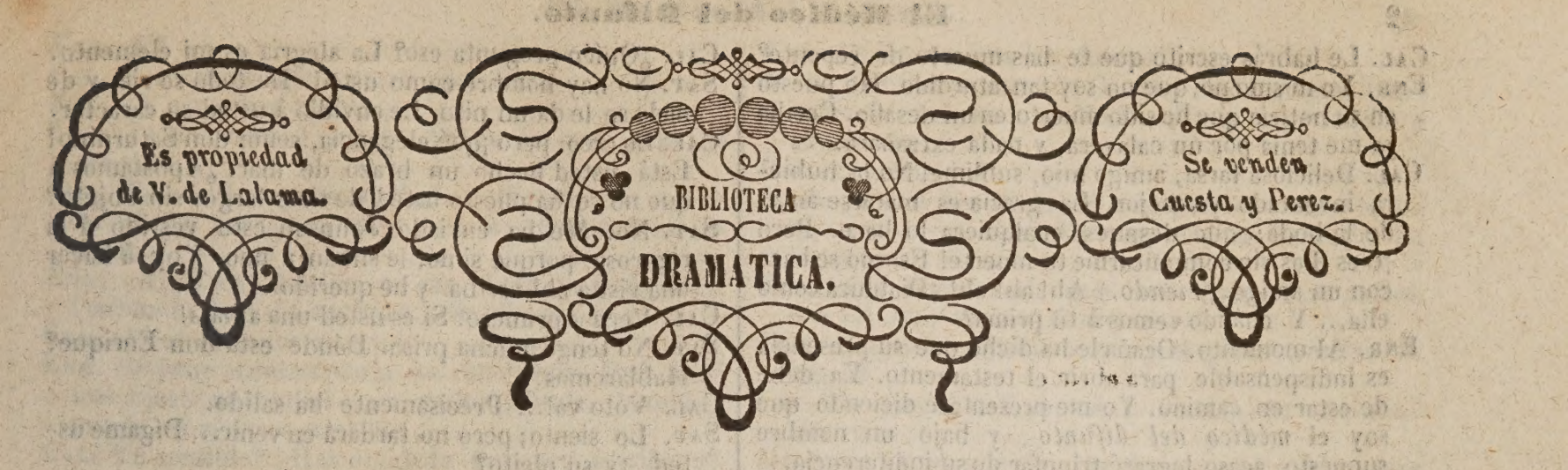

EL MÉDICO DEL DIFUNTO.

Comedia en un acto, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, *representada con aplauso en el teatro del Príncipe, el dia* 12 *de junio de* 1831.

PERSONAS.	ACTORES.
Doña Cecilia. . . .	*Doña D. Generoso.*
Mercedes. . .	*J. Baus.*
Don Enrique. . . .	*D. C. Latorre.*
Calixto. . . .	*J. Valero.*
Saturnino. . .	*J. Alcázar.*
Ocaña.	*M. Casanova.*

La escena es en una casa de campo de don Enrique, situada á las inmediaciones de Madrid.

El teatro representa una sala amueblada con sencillez. Habrà una mesa con escribanía. A la izquierda una ventana que da al campo.

ESCENA PRIMERA.

Don Enrique.

Enr. Bueno! Todo va bien, pero ¿qué hace ese diablo de Calixto, que no viene? ¿Si pensará que le he llamado hoy á mi casa de campo sólo para divertirse, para admirar mis posesiones y ayudarme á matar el tiempo? Ya se ve! la costumbre es esta; pero ahora se trata de cosas mas importantes. Bien he hecho en elegir á Calixto para llevar adelante mi estratagema; ni pudiera hallar un hombre mas á propósito. El proyecto es diabólico; pero delicioso para una cabeza tan destornillada como la suya. Nada! No parece... Vamos, para que venga será preciso tocar al desayuno, porque creo que oiria la campana aunque estuviera en Filipinas. Oh! Ya está aqui: le vuelvo el crédito.

ESCENA II.

Don Enrique, don Calixto.

Cal. Buenos dias, Enrique.
Enr. Adios. Ya te esperaba con impaciencia.
Cal. De qué se trata?
Enr. De cosas muy sérias.
Cal. Pues á Madrid me vuelvo. Todo lo que es seriedad me apesta.
Enr. Pero escúchame, hombre. Ya sabes que he ganado el pleito. Por consiguiente, mi prima está arruinada, y ahora puedo obligarla á capitular.
Cal. Si, ya se ve; y Cecilia capitulará, porque las mujeres no desean otra cosa.
Enr. Para conseguirlo tengo entre manos un ardid muy original.
Cal. Sin consultarlo conmigo? Mezquina idea! Lo juraria.
Enr. Veremos. Bueno será recordarte todos los antecedentes de mi dama. Despues de seis años de ausencia vuelvo á mi patria y me encuentro con la novedad de haber muerto toda mi familia, excepto una prima de veinte años, viva como un relámpago, linda como un ángel, y sensible..., ah! sensible como una viuda.
Cal. Y sobre todo, sensible como una viuda con dos años de servicio. Excelente coyuntura para atacar su corazon! Durante uno ó dos años, y es el *máximum*, llora una mujer á su difunto marido, y pasado este tiempo llora por tener otro.
Enr. Averiguo tambien que los albaceas de mi tio sostienen en mi favor y contra Cecilia un pleito que puede dejarla por puertas. Con esta noticia parto á Vallecas, donde reside mi prima, resuelto á proponerle un saludable matrimonio para poner término á nuestro litigio. Viaje en balde! Cecilia no admite mis proposiciones, y ni siquiera consiente en verme. Picado de su repulsa, y por otra parte, atraido, encantado por la fama de sus gracias, renuevo mis solicitudes, la escribo..., ¡y me devuelve las cartas!
Cal. Sin leerlas?
Enr. Eso es lo que yo no me atreveré á jurar. Vista su obstinacion, el despecho se une al amor propio: prosigo la contienda judicial á sangre y fuego: venzo: juro casarme con Cecilia...
Cal. Y ni por esas, eh?
Enr. Al contrario, hoy mismo ha de ser mia.
Cal. Entendámonos. Al fin ha consentido en verte, no es asi? Vas á Vallecas, y...
Enr. Nada de eso. Ella va á venir á mi casa.
Cal. A tu casa? Pues cómo te has manejado?
Enr. Hace tres dias que soy difunto.
Cal. Difunto! Estás en tu juicio?
Enr. Difunto de mojiganga... como los que se mueren de amor. No teniendo mas parientes que Cecilia, es natural nombrarla mi heredera, y entre otros bienes, adquiere la propiedad de esta hacienda.

CAL. Le habrás escrito que te has muerto de repente?

ENR. Yo mismo no, que no soy tan aturdido. He puesto en su noticia que he sido muerto en un desafio. Cecilia ya me tenia por un calavera, y nada extrañará.

CAL. Deliciosa farsa, amigo mio, sublime! No la hubiera inventado yo mejor. La gracia es matarse ántes de la boda; que despues, cualquiera lo hace. Pero ¡tres dias sin comunicarme tu muerte! Eso no se hace con un amigo. *(riendo.)* Ah! ah! ah! ¡Diablura como ella... Y cuándo vemos á tu prima?

ENR. Al momento. Ocaña le ha dicho que su presencia es indispensable para abrir el testamento. Ya debe de estar en camino. Yo me presentaré diciendo que soy el *médico del difunto*, y bajo un nombre supuesto, acaso lograré triunfar de su indiferencia.

CAL. Bravo! Tu serás el médico y yo el notario. A bien que yo de todo entiendo un poco, y ofrezco representar bien mi papel. Cómo nos vamos á reir! Ja, ja, ja!... Un médico, un escribano, un testamento... Digo! la cosa no puede ser mas divertida... Ah! ¿No temes ser descubierto por algun criado?

ENR. Todos han ido á Madrid, excepto mi fiel Ocaña.

CAL. Bravísimo! Me muero yo por una aventura burlesca.

ESCENA III

DON ENRIQUE, DON CALISTO, OCAÑA.

OCA. El señor don Saturnino viene á casa á todo galope.

ENR. Quién?... Ese fátuo... Qué contratiempo!... ¡Si le desnucase el caballo...

OCA. Le digo que ha muerto usted?

CAL. Por supuesto: no hay otro arbitrio.

ENR. Eh! de ningun modo. Mañana se hablaria de tu muerte en el *Correo literario.*—No hay hombre mas botarate ni mas charlatan en toda la Península. Ya se ha indispuesto con veinte mujeres por no dejarles hablar.

CAL. Por ahí tiene fama de ser el Lovelace de Madrid.

ENR. Un elegantuelo almibarado que en todas partes se encuentra; siempre haciendo la corte á las damas; siempre escribiendo billetes amorosos; muy persuadido de que todas se mueren por él...

CAL. Si le conozco mucho! Ahora ha dado en hacerse el modesto, el misterioso...

ENR. En fin, un insustancial de los muchos que hay en Madrid. Ahora está bañándose en Vista-alegre, y raro es el dia que no sale á hacer una expedicion en su tordo á los pueblecillos y casas del contorno. En otra ocasion no me incomodaria su visita, porque me rio de él y le gano al billar; pero ahora...

CAL. Retírate y déjame. Yo conozco su flaco y sabré despacharle.

ESCENA IV.

DON CALIXTO.

CAL. Si no me engaño, á quien ha dado ahora en visitar y fastidiar con sus amores el tal don Saturnino es á la condesa viuda de Malvaseca que reside actualmente en una granja cerca de aquí. Cuando viene don Saturnino á visitarnos, y le preguntamos al despedirse, adónde va tan tarde, responde siempre: *por ahí arriba.* Pues bien, yo voy á enviarle tambien *por ahí arriba.*

ESCENA V.

DON CALISTO, DON SATURNINO.

SAT. La tal quinta parece un desierto. *(tararreando.)* Larán, larán, larán... Oh mi amigo don Calixto! Qué tal?... ¿Hay buen humor como siempre?

CAL. ¿Quién pregunta eso? La alegría es mi elemento.

SAT. No hay hombre como usted. De todo se rie, y de nada se le da un pito. Le envidio á usted su carácter.

CAL. Lo creo; pero ¡qué elegancia, señor don Saturnino! Está usted hecho un brazo de mar. ¿Apostamos á que no se ha puesto usted de tiros largos sin objeto?

SAT. No. Me ha enviado Johnson este vestido á la rigorosa, porque si nó, le silban á uno. Voy á hacer una visita ahí arriba y he querido...

CAL. Vernos primero. Si es usted una alhaja!

SAT. No tengo mucha prisa. Dónde está don Enrique? Hablarémos.

CAL. Voto va!... Precisamente ha salido.

SAT. Lo siento; pero no tardará en venir... Dígame usted: ¿y su pleito?

CAL. (Maldito seas!) Lo ha ganado sin costas.

SAT. Eso es lo que se llama tener fortuna. ¡Triunfar de una bella! Nunca me he visto yo á esas alturas...

CAL. Vamos, señor don Saturnino, no hay que echarse tanto por tierra. Ya sabemos que tiene usted mucho partido con las damas.

SAT. Yo? Qué disparate!... Han dado en decir eso... Ya se ve, como me ven tan introducido, y al cabo no soy ningun mostrenco... Pero crea usted que se hace muy poco negocio. Soy muy desgraciado en amores.

CAL. La modestia siempre ha sido compañera del mérito. *(¿Habrá titere?)*

SAT. Habiendo ganado el pleito don Enrique, ya podemos dar por seguro su casamiento con la hermosa Cecilia, eh?

CAL. Su casamiento? ¡Si hace un siglo que no piensa en semejante cosa!

SAT. ¡Ba, ba! Pues si no hace cuatro dias que me habló del asunto!

CAL. Podrá ser; pero los jóvenes mudamos de parecer de la noche á la mañana. Amigo, me consta que tiene *in cápite* otros amores. Esta mañana muy temprano montó á caballo, y á escape se separó de mí.

SAT. Y adonde iba tan apresurado?

CAL. Ahí arriba me dijo.

SAT. De véras?

CAL. Qué tiene eso de particular?

SAT. Nada;... pero... *(se levanta.)* (¿Si habrá ido por casualidad...) Qué camino ha tomado?

CAL. (Caiste.) Ese de la izquierda: el de la fuente del Olmo.

SAT. Pues!, que va derecho á la quinta de la condesa de Malvaseca.

CAL. Cabalmente.

SAT. (Me gusta, como hay Dios! Dos dias seguidos he ido á visitarla y no me ha recibido por estar con la jaqueca... ¡Ya conozco la maula!)

CAL. (Se amosca el hombre? Ya es mio!) Enrique no tardará. Vamos al billar y jugarémos un par de mesitas mientras viene.

SAT. No, gracias.

CAL. A repetir, por derecho, á carambola y billa, ó como usted quiera.

SAT. Otra vez, otra vez. No me acordaba de que tengo que dar unos dias. Abur.

ESCENA VI.

DON CALIXTO, DON ENRIQUE.

ENR. Estamos ya libres de ese tonto?

CAL. Sí, hombre, gracias á mis buenas despachaderas, porque el maldito venía despacio.

ENR. Sí?
CAL. Pero se va como perro con maza.
ENR. ¿Y cómo has hecho...
CAL. Te lo contaré luego. Ahora lo que urge es acordar...
ENR. Calla! No oyes un coche?... ¿Si será...
CAL. (*á la ventana.*) Mira, mira; dos señoras se apean.
ENR. Ay Dios! Cecilia es sin duda una de ellas. (*mirando por la ventana.*) Sí; ella es!
CAL. Pues vámonos de aquí.
ENR. Déjame contemplarla un momento. Qué divinos ojos! qué talle! que garbo! Mírala, hombre, mírala, y si eres sensible...
CAL. Yo sensible? ¿Has olvidado que soy escribano? Que vienen! Vamos.

ESCENA VII.

CECILIA, MERCEDES, OCAÑA.

CEC. Ay Mercedes! Al entrar en esta quinta siento oprimido el corazon.
MER. Y á no ser por la muerte de tu primo, no la hubieras vuelto á saludar.
CEC. He aquí la casa de recreo que tan grata fué para mi tio! Hoy la vuelvo á pisar al cabo de diez años.
OCA. Señora, parece que está usted indispuesta. Si usted le ha menester, en casa se halla el médico del difunto de mi pobre amo... Oh! ¡Si viera usted que talento tiene!
CEC. Deseamos estar solas. Estas paredes han visto los inocentes juegos de mi infancia.

ESCENA VIII.

CECILIA, MERCEDES.

CEC. Prevenido mi tio contra Enrique, me hizo prometerle que no le veria y que sería fiel á mi palabra.
MER. ¡Sí, si, fiel, y desde su vuelta á España no has hecho otra cosa que pensar en tu primo!
CEC. Yo, Mercedes?
MER. Tú, hija mia. Siempre me has estado diciendo: Pobre jóven! ¿quién sabe... Puede que no sea tan calavera como dicen.
CEC. No he rehusado tenazmente sus visitas, y hasta sus cartas?
MER. Sí, pero con harto pesar... Sobre que estas cosas no se pueden ocultar! Eso es lo mismo que si yo dijera que no pienso mas en el pérfido que me dió palabra de casamiento en Cartagena, antes de haber tenido tú la bondad de recogerme en tu casa.
CEC. Como á mi mejor amiga. Despues de muerto tu marido, los reveses de la fortuna te han reducido á la pobreza. No te aflijas, querida Mercedes. Cuanto yo posea será tuyo. ¿Pero aun te acuerdas de un hombre tan ingrato? Ya no le debes amar, habiéndote engañado.
MER. ¡Qué se yo!... Tal vez por lo mismo... No me quita el sueño la memoria de Calixto; pero me agradaba su carácter; siempre de broma, siempre retozandole la risa en el cuerpo... Así quiero yo á los hombres.
CEC. Nunca he notado yo que te haya afligido mucho su inconstancia.
MER. Afligirme! Eso no. Aunque estuviera loca! Pues si diéramos en afligirnos por eso las mujeres, sería el cuento de nunca acabar.
CEC. Quién tuviera tu humor!
MER. Quiéres creerme? Cásate. Nada alegra tanto como el matrimonio. Yo lo sé por experiencia, y tú tambien.
CEC. Casarme yo?
MER. ¿Y qué has de hacer sin casarte, y mas ahora que vas á ser rica? Ya ves, con la herencia de tu primo...
CEC. Ah! Mejor sería que aun fuese yo pobre, con tal que viviera Enrique.
MER. Aguarda! ¿Quién será aquel jóven vestido de negro?
CEC. Un jóven!... Y yo así..., vestida de camino... Mis rizos...
MER. No te dé cuidado: sin duda es el médico que nos anunció el criado, y los médicos están muy acostumbrados á ver á las damas en *deshabillé*.

ESCENA IX.

CECILIA, MERCEDES, DON ENRIQUE (*de luto.*)

ENR. Señora, siento en el alma no haber estado en casa cuando usted llegó... Ocaña me ha dicho que al parecer se sentia usted indispuesta...
CEC. Aprecio mucho la atencion de usted, caballero. Ya estoy mucho mejor.
MER. (*aparte con Cecilia.*)—Amiga, no sé qué decirte; pero este medico tiene trazas de ser mas peligroso á los sanos que á los enfermos.
CEC. No seas loca.
MER. Te dejo con él y voy á visitar la quinta.

ESCENA X.

CECILIA, DON ENRIQUE.

ENR. (¡Siento una turbacion..., una... No sé qué decirla.)
CEC. Se halla usted establecido en el pais, caballero?
ENR. Si, señora: desde el regreso del capitan Robledo, su pariente de usted. Hemos sido inseparables.
CEC. Ah! Ya entiendo. Usted ha sido su médico particular...
ENR. (Hablemos en tono doctoral.)—Si, señora; y ya puede usted figurarse cuánto sentiré su muerte. ¡Como que no tenia mejor amigo, mejor confidente que yo! Pobre Enrique! ¡Haber salvado su vida de tantos combates, y encontrar la tumba en esta soledad, léjos de sus estandartes! Ah! No puedo contener mis lágrimas. Le amaba tanto..., que habiendo él muerto no sé como vivo yo todavía.
CEC. Nadie como usted, que con tanta amistad le ha tratado, me puede decir si es cierto que pensaba sériamente en casarse conmigo.
ENR. Ah señora! Usted sola ocupaba su imaginacion; sólo hablaba de usted; sólo en usted pensaba, y á usted fué encaminado su último suspiro.
CEC. Pobre Enrique!
ENR. Qué! siente usted su muerte? No le aborrecia usted?
CEC. Yo aborrecerle? El cielo es testigo de los afanes que me ha costado el obedecer la voluntad de mi tio.
ENR. (Bien haya tu boca!)
CEC. Yo no conocia á mi primo; pero sus últimas disposiciones serán sagradas para mí. Sin embargo, se dice que tenia no pocos defectos.
ENR. (Ay, ay, ay!)
CEC. Y si he de dar crédito á la fama, y principalmente á mi tio, el tal Enrique era aturdido, quimerista jugador, libertino...

720993

ENR. (Soberbia oracion fúnebre!)

CEC. Me han contado de él tantas locuras...

ENR. Ah! No le acuse usted, señora. Era tan desgraciado! Cuando pensaba en la ingratitud de usted, razon era que procurase distraerse.

CEC. Parece que su mala cabeza le ocasionó disgustos... muy sensibles para mi corazon.

ENR. Cuán fácil le hubiera sido á usted el corregirle!

CEC. No hay en Madrid muchacha bonita á quien no haya galanteado, segun dicen.

ENR. Qué queria usted que hiciera? No habia visto esa cara de cielo.

CEC. Usted quiere justificar á su amigo; pero una vez que el capitan me adoraba, ¿por qué litigar contra mí con tanto encarnizamiento? El no ignoraba que si perdia yo el pleito, mi ruina total era infalible.

ENR. Lo ignoraba, señora. Ah! Si hubiera usted sido testigo como yo de su despecho, de su remordimiento, le perdonaria usted un momento de venganza... Es tan cruel el amar sin ser amado!... ¿Qué no hubiera dado mi triste amigo por ver á Cecilia, por hablarla un momento, como yo la veo, como yo la hablo! Hubiera olvidado todas sus penas; hubiera abierto su pecho á la esperanza... Yo mismo no me acuerdo de mi dolor en presencia de usted; olvido el doloroso accidente que nos reune; y casi deseo que se prolongue esta situacion..., á un tiempo dulce y penosa... Ah! ¡No puede usted concebir cuánto es el embeleso de mi corazon al hablarla de su primo, y cuál seria mi regocijo si consiguiera que le fuese á usted cara su memoria!

CEC. (¡Qué oigo! Me enternezco á mi pesar, y me temo á mí misma.)

ENR. (Veamos qué efecto produce mi testamento.)

CEC. (¡Es posible que la amistad...)

ENR (*en voz baja.*)—Chit!... callad.

ESCENA XI.

CECILIA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON CALIXTO, OCAÑA. (*Don Calixto sale vestido de negro, en traje raro de escribano, con gafas, y unos papeles en la mano.*)

MER. Amiga, siento interrumpirte, pero el criado conduce aqui, segun parece, al escribano.

CAL. Señoras, beso á ustedes los piés. Caballero, tengo el honor... Vamos, no afligirse; es preciso tener mas ánimo. Bien conozco que la escena es congojosa para todos nosotros; pero al fin hay que resignarse á la voluntad de Dios. Por otra parte, la herencia es cuantiosa, y... los duelos con pan son ménos.

ENR. Señor notario, estamos esperando que usted lea.

CEC. Tan pronto? Cruel momento! Horrible memoria para mi!

CAL. Señora, el sentimiento de usted es muy natural, y yo la acompaño en él. No me atreveré á decir á usted cuánto me alegraria de que el difunto pudiera leerle su testamento; pero es cosa nunca vista en la curia. Sin embargo, la exhorto á usted á tranquilizarse. Tome usted ejemplo del señor doctor. Usted me dirá que los médicos se habitúan fácilmente á estas bagatelas. (*se sienta y saca papeles.*)

MER. (Me parece haber visto á este hombre en otra parte.)

CAL. En el nombre de Dios, y con permiso de ustedes. Hum, hum, (*lee entre dientes...*) «Son presentes en este acto...»

ENR. Mi señora doña Cecilia Vélez de Guevara, prima del difunto.

CAL. Cuyos piés beso... Es decir, los de mi señora doña Cecilia.

ENR. Féliz de Arteaga, Médico del difunto.

CAL. Y esta señora?... (*reconociendo á Mercedes.*) (¡Ay, ay, ay! ¡Dios nos asista!)

MER. Mercedes de Urrea y Santibañez.

CAL. Muy señora mia.

MER. (No he visto cosa mas parecida.)

CAL. (Ella es. Si me conoce, soy perdido; quiero decir, casado!)

MER. (Si no temiera engañarme, diria...)

CAL. Atencion, que comienzo. (*lee.*) Hum, hum... «Yo Enrique Robledo Vélez de Guevara, capitan de caballería ligera, etc., etc., herido mortalmente: pero sano de cuerpo...» (*aparte con D. Enrique.*) Se te olvidó poner «y de alma.» Lo digo?

ENR. Claro está.

CAL. «Sano de cuerpo y de alma... Hum, hum.» Las formalidades de costumbre, etc. etc. «Nombro é instituyo por mis herederos: primero, á mi fiel lacayo Martin Ocaña, á quien lego la suma de seiscientos ducados.»

OCA. (No dejaré de hacérselo á la memoria *in articulo mortis.*)

CAL. «Item: lego y endoso en debida forma á mi amigo el escribano real don Calixto de Foronda...»

MER. Calixto Foronda? (El es!...)

CAL. (Torpe de mí, que me he nombrado!) «Mi pequeña biblioteca y mi espaciosa y bien surtida bodega.»

MER. (La bodega. Qué prueba mejor?)

CAL. «Despues de haberme reservado las donaciones y legados *suprascritos*, nombro é instituyo por mi legataria universal á Doña Cecilia Vélez de Guevara, mi prima, bajo la expresa condicion de comprometerse por escrito en el mismo dia en que se abra este mi testamento á casarse con mi mejor amigo, el jóven doctor don Felix de Arteaga.»

CEC. Cómo!... ¿Casarme yo con...

CAL. Un poquito de silencio, señores. «Pero, si por casualidad la dicha doña Cecilia no consintiese en este enlace, es mi voluntad que todos mis bienes se dividan en dos partes iguales; una para la mencionada doña Cecilia y otra para el susodicho don Félix.» --Hum, hum, etc. Fecho y firmado en la quinta de Fonverde, etc.»

CEC. Señor don Félix, la última cláusula honra demasiado la memoria de mi primo, para que yo no me apresure á suscribir á ella.

ENR. (Malo!) ¡Ah señora! Crea usted que yo no abusaré de una generosidad...

CEC. Cómo! ¿No le basta á usted la mitad de un caudal inmenso? ¿Renuncia usted...

ENR. Sí, señora; conozco demasiado bien las leyes del honor para aceptar jamás lo que ha ordenado en mi favor Enrique. El señor escribano extenderá en mi nombre ahora mismo una renuncia formal.

CEC. Confieso que la resolucion de usted es lisonjera para mí; mas tambien algo... repentina.

ENR. Sí, señora; pero si Enrique hubiera poseido ese corazon, mi suprema dicha se cifraria en heredarle.

CEC. ¡Qué premura! Eso es no dejarle á una respirar.

ENR. No extraño, señora, que sin conocerme tenga usted repugnancia á suscribir á la voluntad del difunto. Así es que cualquiera que sea el tiempo que usted se tome para dictarme la suya, sabré esperarla con resignacion, si me es lícito consolarme con alguna esperanza.

CAL. Qué está usted diciendo, señor doctor? Las leyes no sufren tanta demora. En materia de amor y de

himeneo con un momento basta, y yo estoy seguro de que esta señora se decidirá ántes de anochecer.

ESCENA XIII.

MERCEDES *y* DON CALIXTO.

CAL. (*recogiendo sus papeles*)—He concluido mi comision, (*saludando.*) Señora, á los piés de usted.

MER. Una palabra, señor notario. Adonde va usted tan de prisa? (El es: estoy muy segura. Veamos hasta donde llega su desfachatez.)

CAL. (Buena me espera!) Señora, dispénseme usted que...

MER. Quiero aconsejarme de usted sobre un asunto que es de su facultad; pero antes de explicarme, sírvase usted responderme francamente. Está usted seguro de ser escribano?

CAL. Donosa pregunta! Si, señora: escribano público, notario de los reinos; pero, lo siento en el alma, no puedo dejar de la mano este asunto del testamento, y con permiso de usted...

MER. Un momento. Supuesto que es usted escribano público está obligado á servir como tal á todo el mundo.

CAL. (No hay escapatoria.)—Veamos en qué puedo servir á usted, señorita.

MER. Hace cosa de dos años que un fementido, llamado don Calixto de Foronda; como usted, señor escribano público...

CAL. (Malorum!)

MER. Fué presentado en casa de una tia mia en Cartagena. Allí le ví por primera vez. Fuese amor, fuese simpatía, ó lo que usted quiera, su aspecto me causó una conmocion involuntaria. El muy bribon osó requerirme de amores: yo era viuda, y tuve la debilidad de corresponderle. En fin, me hizo una promesa de matrimonio para dentro de ocho dias.

CAL. (Bien me acuerdo. Qué libertino era yo entónces!)

MER. Pero antes de espirar el plazo, el traidor se escapó de Cartagena, y desde entonces no he sabido su paradero. (*fingiendo ternura y dolor.*) ¡Ah!

CAL. (Me recuerda la página mas brillante de mi historia.)

MER. La ausencia..., su ingratitud.... me han hecho la mas infeliz de las mujeres. De dia y de noche no ceso de llorar... (*llorando.*) ¡Ah!

CAL. (Esta maldita me va á enternecer.) Consuélese usted: no faltará quien le reemplace. El se fué sin duda... porque no pensaba cumplir su palabra.

MER. Lo cree usted así? (*llora.*)

CAL. Yo la compadezco á usted; pero nada puedo hacer y ..

MER. Cómo que no puede usted? La promesa está en regla.

CAL. Si?... (Quién me saca de este pantano?)

MER. Y en papel sellado.

CAL. Tiene fecha?

MER. Si, señor.

CAL. ¿Y está escrita....

MER. Sin enmiendas ni raspaduras.

CAL. El papel?

MER. Integro.

CAL. ¿Le hizo la promesa...

MER. Libre y espontaneamente.

CAL. El documento está en forma?

MER. Vaya!, como escrito por la mano de un notario.

CAL. (Me atrapó. No hay remedio.)

MER. Ampare usted mi justicia, ó acudiré...

CAL. Señora... (Ea, Calixto: aquí de tu filosofia; hagamos de tripas corazon. Así como así, la muchacha no me disgusta.) Será posible? ¡Oh criatura adorable! ¿Aun me amas despues de dos años de ausencia? Eres una mujer incomparable.

MER. Oh cielos! Qué dice usted?

CAL. (*riéndose.*) Reconoce á tu Calixto...; (*suspirando.*) á tu marido!

MER. Es cierto?

CAL. Sí, morena; siempre fiel como un Amadís y tierno como un Gaiferos.

MER. Conque no se ha mudado tu corazon?

CAL. No, querida. (Más ha viajado que un correo de gabinete.)

MER. Galopin!... Una hora hace que te he reconocido.

CAL. Ahora veo que nos queríamos los dos mas de lo que pensábamos. Abrázame, salerosa. Escucha; ya no debo ocultarte nada; todo lo que está pasando en esta casa es una pura pantomima, un artificio para ablandar el corazon de doña Cecilia... A Dios gracias, el capitan está tan vivo como nosotros.

MER. Qué oigo! Impulsos me dan de vengarme.

CAL. Madama Foronda; pues hace ya dos años que habeis adquirido este nombre respetable; aquí sólo exigimos de usted un sacrificio. Es grande, para una mujer, pero preciso.

MER. Cuál es?

CAL. Que calle usted.

MER. Callar?... (*sacando un papel y enseñándoselo.*) ¿Me cumplirás la palabra de...

CAL. Si, tórtola: no deseo otra cosa. Bien pudiera alegar que ha vencido el término, y por consiguiente que ha caducado tu derecho; pero ¡á Roma por todo!—Chiton! Cecilia viene.

ESCENA XIII.

MERCEDES, DON CALIXTO, CECILIA.

MER. Qué meditabunda vienes, mi querida Cecilia! No lo extraño; la cláusula del testamento es embarazosa.

CEC. No tal; me vuelvo á mi Vallecas, y no me caso con el médico. Acabo de decírselo.

CAL. Pues la hemos hecho buena!

MER. Con todo, ¡es un jóven tan interesante!... Sobre que no parece médico!

CEC. ¿Puéde usted decirme, señor escribano, si hacía mucho tiempo que el médico era amigo del capitan?

CAL. Mucho?... Desde la cuna... Mayor identidad de pensamientos y de costumbres... Quien ve al uno, ve al otro...; quiero decir, veia al otro... Parecian los dos Pílades y Oréstes: he dicho mal, Cástor y Pólux.

CEC. Y cómo no ha estorbado el médico ese fatal desafío?

CAL. Ha sido su padrino.

CEC. Su padrino? El motivo del duelo ha debido de ser muy poderoso. ¿Usted lo sabe?

CAL. Ah señora!... No quisiera afligir á usted.

CEC. Dígalo usted: yo se lo ruego.

CAL. Ya es forzoso confesarlo. Usted ha sido la causa inocente de su muerte.

CEC. Yo?

CAL. Si, señora.

CEC. Oh colmo de amarguras! Pero explíquese usted...

CAL. Señora, ¿para qué apurar... (No sé que decir. Excúseme usted tan penosa explicacion.

CEC. Dígame usted al menos el nombre de su enemigo.

CAL. Su nombre? Señora...

MER. Sí, su nombre.

CAL. (Qué diablo!... No me ha dicho quién le ha muerto.) No sé si sería prudente...

CEC. Acabe usted.

CAL. Pues bien, señora... (á quién le colgaremos el milagro?) un tal..., un tal don Saturnino Cienfuegos... (¡Quiera Dios que no le conozca!)

CEC. Es posible?

MER. ¿Ese mequetrefe, bulle-bulle, llamado por mal nombre el coquito de las damas? Yo creia que semejantes apéndices no eran hombres de armas tomar.

CAL. (*apurado.*) Qué quiere usted, señora! Ronda estas inmediaciones...; suele venir por aquí... En fin, preciso es que se haya batido con álguien el capitan.

ESCENA XIV.

MERCEDES, DON CALIXTO, CECILIA, DON SATURNINO.

SAT. (*entrando.*) (Oh! Pues yo he de averiguar...)

CEC. Qué veo?

CAL. (Esta es otra que bien baila.)

MER. Don Saturnino!

CEC. Tiene usted valor para presentarse á mis ojos? Aléjese usted: su presencia me horroriza. (*se retira á un extremo de la sala.*)

CAL. (No puedo contener la risa.)

SAT. Horrorizar mi presencia!... ¡Pues aunque fuera yo un tigre... Dígame usted, Merceditas...

MER. No se acerque usted á mí, hombre cruel y desalmado! (*Sigue á Cecilia.*)

ESCENA XV.

DON CALIXTO, DON SATURNINO.

SAT. Por Dios, señoras!... Que es esto?... Alguna equivocacion sin duda... Amigo Foronda, usted me dirá...

CAL. Váyase usted, váyase usted, ó de lo contrario...

SAT. Pero, señor, qué significan esas pantomimas? Parece que se han puesto de acuerdo para mofarse de mí.

CAL. Ya ha muerto el infeliz!... ¿Viene usted á insultarle en la tumba?

SAT. Pero...

CAL. Usted lo sabe mejor que nosotros. ¿Negará usted, corazon de hiena, que á los filos de su espada ha muerto el pobre capitan?

SAT. Qué muerto, ni que haca? Ha perdido usted la cabeza?

CAL. No, señor.

SAT. Eh! ya basta de broma. Usted me dará satisfaccion...

CAL. Lo oyen ustedes? (*en tono trágico.*) ¡No le basta una víctima: tambien á mí me quiere sacrificar. (*vase.*)

SAT. Esto ya pasa de raya. Nos veremos. (*vase.*)

ESCENA XVI.

CECILIA, MERCEDES.

CEC. Hase visto hombre mas osado?

MER. (Aboguemos ahora por el médico.) Ya ves, amiga mia, que el doctor rehusa la mitad de la hacienda, y se obstina en ser tu esposo. Yo en tu lugar tomaria el caudal y el marido, que es como decir el santo y la limosna.

CEC. Estás en tí? ¿Conque ahora le he visto por primera vez, y...

MER. Sí, pero tiene un no sé qué, que seduce á primera vista.

CEC. Es verdad; parece un jóven amable..., fino..., su fisonomía le recomienda...; mas ¿qué dirán las gentes de un casamiento tan atropellado?

MER. Chica, en materia de casamiento muchas veces por demasiado escoger ¡nos llevamos unos chascos!... Reflexiona que Enrique conoceria tan á fondo á su amigo, que no te le hubiera propuesto para marido á no estar seguro de que á falta suya, sólo don Félix podria hacerte dichosa.

CEC. En efecto, tu conjetura es muy natural. Pobre Enrique!... Cuánto me pesa de haber sido tan ingrata con él!

MER. Pues bien, no te expongas á nuevos remordimientos. Has de saber que ese jóven te conoce y te adora hace mucho tiempo.

CEC. Qué dices?

MER. Acabo de averiguarlo.

CEC. Bien puede ser, porque sus ojos me miraban con una ternura..., con una devocion...

MER. Ya conocia yo que no lo echabas en saco roto. Esas cosas jamás se nos escapan á las mujeres.

CEC. Te ries? Por cierto que mi situacion...

ESCENA XVII.

CECILIA, MERCEDES, OCAÑA.

OCA. El médico se retira...

CEC. Se marcha?

OCA. Y quiere tener el honor de despedirse de usted.

CEC. Mujer, no sé si debo...

MER. Sí, sí. Dígale usted que venga.

ESCENA XVIII.

CECILIA, MERCEDES, DON ENRIQUE, DON CALIXTO.

CAL. Pero reflexione usted, señor don Félix...

ENR. Se cansa usted inútilmente, señor Escribano: estoy resuelto á partir, y... Ah! Perdone usted, señora. Ignoraba...

CEC. ¿Conque, pudiendo usted ser rico, se ha empeñado en...

ENR. Señora; no se me oculta el destino que me aguarda; pero á lo menos de nada me acusará el corazon

CEC. (Qué exceso de delicadeza!) Confieso que mi admiracion...

ENR. Adios, señora: sea usted la única heredera de mi amigo. Yo no tenia ningun derecho á la herencia: me basta llevar impresa en mi alma la dulce imágen de Cecilia.

MER. (*aparte á Cecilia.*) Acepta, boba mia; que no te pesará.

CEC. (Todos conspiran contra mí, y no sé que presentimiento...)

ENR. Adios, señora, para siempre.

CAL. (*aparte con Mercedes.*) Mercedes!...

MER. (Ella firmará.)

ENR. Renuncio á la mano de usted, á la herencia, á todo menos á mi amor.

CEC. (Ah! No sé lo que me pasa.) Espérese usted.

ENR. (Ah!)

CEC. Yo privarle á usted de su bienestar! Ah! Tanto

desinterés, tanta generosidad me confunden, y...

ENR. Señora, mi felicidad, mi gozo sería... Pero... A Dios, Cecilia!

CEC. No, no. Deme usted ese papel. (*firma en él.*)

CAL. Firmó!

MER. Pues no habia de firmar?

ENR. Querida de mi corazon!...

ESCENA ULTIMA.

CECILIA, MERCEDES, DON ENRIQUE, DON CALIXTO OCAÑA, DON SATURNINO.

OCA. (*dentro.*) No se puede entrar.

SAT. (*entrando.*) Eh! quítate de enmedio.

ENR. Don Saturnino!

CAL. (Ahora es ella!)

CEC. ¿Cómo...

SAT. Hola! Oiga! Aqui está usted? ¿A qué me han venido con embustes?

CAL. (Qué diablura!.. A bien que ya ha firmado.)

SAT. Mucho celebro verle á usted con perfecta salud. Decian que habia usted muerto... El buen Robledo!... Dígole á usted que ha sido humorada singular!

CEC. Qué oigo! ¿Conque usted...

ENR. Si, hermosa Cecilia; Enrique soy. Tu desden me dió la muerte y tu amor me resucita.

CEC. Me han burlado!—Ah primo mio! Necesito de todo el placer que me causa este momento para que no seas á mis ojos el mas inícuo de los hombres.

ENR. El amor es mi disculpa. ¿Supongo que ya habrán terminado todas nuestras desavenencias?

CEC. No, por cierto. El escrito que acaban ustedes de hacerme firmar debe ser nulo como efecto de una intriga infernal.

CAL. Perdone usted, señora; los actos que pasan ante mí son válidos y fehacientes. Pregúnteselo usted á la señora. Usted ha firmado y *scriptum est quod scriptum est.* Aunque fuese yo escribano no tendria tan en la uña el Febrero.

CEC. Como! No es usted escribano?

CAL. Tan escribano soy yo como este papel contrato matrimonial.

CEC. Pues ¿qué es?

CAL. Una aceptacion en regla de los bienes que ha perdido usted en el pleito.

CEC. Qué escucho!

ENR. Imaginas que Enrique podia abusar de tu desgracia? Para qué quiero yo los bienes de fortuna? Gózalos dichosa. Sólo codicio un tesoro y este quiero debértelo á tí.

MER. Qué! ¡Si era tan mala cabeza Enrique... ¿Y qué me dices de este rasgo?

CEC. ¡Amado Enrique,... cuánto me has hecho padecer!... Tuya soy; (*le da la mano.*) firmaré cuanto quieras.

ENR. Oh dicha inefable!

SAT. Vamos, ya entiendo, ya entiendo: han querido ustedes divertirse á mi costa.

CAL. Eh! Una chanza inocente; mas descuide usted; nada se sabrá: no sea que pierda usted algo de su ascendiente con las hermosas.

SAT. Sí, ascendiente! Esa fama tengo; pero... Vamos, no me quieren, no me quieren las muchachas.

MER. Ya es hora de presentarte mi perjuro de Cartagena. Ahí le tienes. Se me ha aparecido cuando ménos lo pensaba.

CEC. Me engañas? Es usted!

CAL. Si, señora. Soy flaco de memoria, y olvidé mi promesa... Pero esta enfermedad de casarse tiene algo de contagiosa... ¡Cómo ha de ser!... Escribiré dos epitalamios, uno para mí y otro para el muerto.

MER. En lugar de un entierro celebrarémos dos bodas. No me disgusta el cambio.

CEC. A mí tampoco.

ENR. Y mucho ménos al *Médico del Difunto.*

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1862:—Imp. de PASCUAL CONESA.
Calle de Toledo, núm. 69, *Junto á S. Millan.*

ADVERTENCIA. Esta y otras traducciones, mas ó menos libres, debidas á la pluma de *D. Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor, antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.

ventajas, tanta generosidad me confunden. Y...

Sen. Señora, mi felicidad, mi gozo sería... Pero... A

Tiba. Escribid.

Cac. No, no. Pero usted, ese papel (Pone en él.)

Cat. Firmad.

Man. Pues no habia de firmar?

Ber. Querida de mi corazon!

ESCENA XIII.

Cirilo. Mariquita, Don Longo, Catalina, Don Saturnino.

Cata. (Adentro.) No se puede entrar.

Sat. (Adentro.) El alguacil de esquina.

Ciri. Don Saturnino.

Cat. (Ahora es ella!)

Cac. Cata.

Sat. Hola! Digal Aquí está usted? A qué me han venido con embustes?

Cat. (Que disbarra!) A bien que ya la firmado.

Sat. Mucho cuidado con la usted con quien habla.

Decian que habia usted fallecido. Si buen Diablejo!

Digole á usted que ha sido una broma singular.

Cac. Que oigo! Tampoco usted...

Ivan. Si, hermosa Cecilia; Fortuna soy. Ha decidido Dios que la muerte y la amor me respalda.

Cac. Me han burlado! — Ah perfido rival. Necesito de todo el placer que me causa este momento, para que no sea á mis ojos el mas fúnebre de los hombres.

Ivan. El amor es un diablillo. Supongo que ya habrán terminado todas nuestras desavenencias.

Cac. Na, por cierto. El cestito que acaban usted de hacerme firmar debe ser mas como orden de una intriga infernal.

Cat. Perdone usted, señora; los actos que pasan ante mi son válidos y fehacientes. Pregúntaselo usted á la señora. Usted ha firmado y servidum así quien servidum así. Aunque Pues yo escribano no tendria tan en la una el Editorio.

Cac. Como! No es usted escribano?

Cat. Tan escribano soy yo como este papel contrato matrimonial.

Cac. Pues qué es?

Cat. Una ocupacion en regla de los bienes que he perdido usted en el pleito.

Cac. Que escándalo!

Ivan. Imagina que Fortuna podia ahuyar de tu desgracia? Para que quiero yo los bienes de Fortuna? Quizás dichosa. Solo codicia un tesoro y este quiero obtenerlo á fi.

Man. Qué! Si era tan mala cabeza Fortuna... Y que me dices de este asegoj?

Cac. Amado Fortuna... cuanto me has hecho pade-cer! Tuya soy (Da la la mano.) Firmaré cuanto quieras.

Man. Oh dicha inefable!

Sat. Vamos, ya estiendo, ya entiendo lan quereis se a mi costa.

Cat. Eh! Una cosa me escuta: mas dineros usted, pues, pues, no sin que pierda usted algo de su-ministro con las hermosas.

Sat. Si, ascendiente! Es Fama tengo; pero... Vamos, no quieren, no me quieren los muchachos.

Man. Vamos bien de presentarte mi perjuro de Cata-lina. Ah! Ivan! Se me ha aparecido cuando mas nos lo pensaba.

Cac. Me engañaste? Es usted!

Cat. Si, señora. Soy fiado de memoria, y olvide mi promesa... Pero esta enfermedad de cosas tiene algo de contagioso... Como he de ser!... Escribió dos epitalamios, uno para mi y otro para el muerto.

Man. En lugar de un entierro celebraremos dos bodas. No me disgusta el cambio.

Cat. A mi tampoco.

Ivan. Y mucho menos al Médico del Diablo.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1862.—Imp. de Pascual Conzalez, Calle de Toledo, núm. 40, plantas 1.ª y 2.ª

Advertencia. Esta y otras traducciones, mas ó menos libres, debidas á la pluma de D. Manuel Breton de los Herreros, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor, antes de procederse á su impresion en esta Biblioteca dramática, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.